

aquellos potajes, y al punto el Maestresala lo ponía sobre braseros. Tal vez dicen que comía potaje de carne humana bien aderezada y que fuese de la sacrificada á sus ídolos y dioses. De lo que sobraba de manjares comían los tres mil hombres de guardia ordinaria que estaban en los patios y plaza. Notable grandeza de Monarca, y de otras que aquí concurrían por no detenerme en esta materia. Pero otra cosa notable no se puede dejar de contar de esta ciudad y su Monarca, que por ventura es la más singular que se lee de ciudad y república del mundo. Esta es que tenía tanta cuenta con la limpieza de las calles de México, que para cada una había situados mil Indios que barriesen y regasen y de noche pusiesen grandes braseros de fuego, y para esto cuando unos dormían otros velaban, porque de noche y de día hubiese quien cuidase de su limpieza y de lo que en la ciudad fuese necesario. (Torquemada § 4.)

Viniendo á la religión, que aunque falsa y profana, pero representaba bien la grandeza de la imperial ciudad de México, que Dios tenía determinado de dar á sus católicos cristianos. En las Casas Reales de Moctezuma había una sala de ciento cincuenta pies en largo y cincuenta en ancho enmaderada de cedro, esta tenía deputada este Emperador para su oratorio, el cual todo estaba chapeado con planchas de oro y plata de un dedo de grueso y adornada de piedras muy preciosas, esmeraldas, rubíes y topacios, y de otros géneros y especies variadas. Aquí entraba Moctezuma á sus idolatrías y á cumplir votos que hubiese hecho, y ofrecer los sacrificios que por sus victorias ó por otras causas tenía de costumbre dedicados. (Torquemada § 3, cap. 25.) Y para que se eche de ver cuán á una andaban los pensamientos é intentos del gran Cortés, capitán de católicos fieles, con el decreto divino, que dije, de darles á esos católicos cristianos este imperio y que con ellos y por medio de ellos se comenzase á plantar y de hecho después se plantase la Fe católica cristiana, no se puede dejar de contar la acción señalada que á este intento obró y dispuso el gran Cortés, aun antes de haber tomado la ciudad, ni conquistado el imperio mexicano. Cuenta el caso el P. Fr. Juan de Torquemada, de la Orden Seráfica y su Provincial, habiendo sido antes gran Ministro de Indios por muchos años y en ellos, tratado muy despacio con lo más noble de la Nación mexicana, persona que tuvo relaciones verídicas de muertos y vivos, dignas de todo crédito para las materias de que habemos tratado, y escribe el caso á la larga en su primer tomo, en el capítulo quinto del § 4, de su Monarquía Indiana, y yo lo abreviaré aquí por no alargarme.

Echando de ver el capitán Hernando Cortés que el Emperador Moctezuma salía al templo de México, los días de sus fiestas principales, y estas eran aquellas en las cuales se sacrificaban con fiera crueldad gran número de hombres al demonio y sus ídolos, y doliéndose el cristiano y piadoso capitán de esa bárbara crueldad, le afeó tan inhumano sacrificio, hablóle de propósito de la única y sola verdadera fe cristiana, y deseando aficionarlo á la de un solo Dios verdadero y de Jesucristo su Hijo, Redentor del género humano, le hizo un señalado razonamiento y plática, llena de celo santo de la honra de Dios y de su Fe católica. Oyóla Moctezuma con grande atención pero no la abrazó, antes excusando sus acciones idolátras, le dió por razón de ellas los respetos políticos y humanos, que han arruinado á otros muchos

principes con sus repúblicas. Replicó aquí el católico Cortés, diciéndole que confiase del verdadero Dios, que cuando por su reverencia y recibir su verdadera Fe y religión, se le levantasen grandes alborotos, le ayudaría y sacaría con feliz suceso de ellos. Pero no habiendo podido en esta ocasión el católico capitán convencer al Emperador Moctezuma, le pidió por lo menos que tuviese por bien, que en una parte de su templo se colocase la Imagen del Hijo de Dios que había redimido á los hombres, con la de su Santísima y Purísima Madre, prometiéndole que con su amparo tendrían las fértiles sementeras y buenos sucesos, que ellos engañosamente se prometían de sus falsos dioses é ídolos, que ésta era la excusa que daba Moctezuma, para no apartar al pueblo de esa veneración; pero finalmente, respondió á Cortés que hiciese lo que fuese su voluntad en colocar sus imágenes. No perdiendo tiempo el católico capitán, ordenó que se hiciese un altar en lugar acomodado de aquel templo, que era el principal de la ciudad de México: dispuso y ordenó una procesión cristiana de sus soldados, y juntos todos, entrando en el templo colocaron en el altar que habían preparado, la imagen de Cristo crucificado y otra de su Santísima Madre, cantando los que sabían el *Te Deum laudamus* con grande y general devoción y regocijo. Y buen motivo se les ofrecía aquí para tenerle, pues veían con sus ojos que Cristo crucificado por la redención del Mundo y su Santísima Madre que le asistió á la cruz, tomaban ya posesión del nuevo Orbe que había estado tiranizado del demonio en tan abominables idolatrías. Y bien podemos decir que fué pronóstico divino éste que daba Cristo á su capitán católico, de que le había de dar buen suceso en una empresa que siempre será singular y célebre en el universo Mundo. Y con razón este día se vistió de gala el gran Cortés, y fué el primero que derramando muchas lágrimas de alegría y devoción, hincando las rodillas en tierra adoró al santo Crucifijo aquí recién colocado, y diciendo estas palabras llenas de devoción cristiana: «Infinitas alabanzas te sean dadas en los siglos de los siglos, Dios verdadero que has querido, al cabo de tantos años que el demonio ha estado sentado en este trono y con tantos errores tiranizaba estas naciones, sea ahora desterrado de este lugar por nuestras flacas é indignas manos, y en él sea colocada la Imagen de tu Santísimo Hijo. Suplicote, Señor, que pues te has dignado hacernos tantos favores y beneficios, estos principios tengan dichoso fin para gloria y honra de tu Santísimo Nombre.» Acabadas de colocar las santas imágenes y de hacer Oración delante de ellas, volvió Cortés donde estaba el Emperador Moctezuma, que disimulando el pesar que en su corazón todavía ciego tenía, lo recibió con buen semblante, ordenando luego el Emperador idólatra que se deshiciese una casa de ramera que estaba en el principal barrio de Tlaltelolco de mujeres públicas que eran más de cuatrocientas, diciendo que por los pecados públicos de estas habían sus dioses permitido que viniesen á su ciudad y Reino aquellos cristianos. Pero bien claro se ve en el mismo hecho, que no nacía de los abominables y sucios dioses y demonios, que en ellos tenían su morada, el ser destruida aquella casa de abominación y deshonestidad, vicio y fuego que procuran esos espíritus inmundos no apagarlo y destruirlo, sino abrasar con él á todo el universo Mundo. Y no podemos dudar que, antes en esta ocasión sintieron que se asolase casa tan sucia y abominable; y quien debemos pensar que aquí le hizo

la guerra, fué la que es Madre de toda pureza, cuya Imagen sagrada los católicos cristianos acababan de colocar en aquel grandioso templo, desde el cual comenzaba ya á purificar los aires corruptos en que habían vivido estas gentes, para que se predicase entre ellos el purísimo Evangelio de su Santísimo Hijo, dando juntamente prendas de cuán á su cargo tomaban la cristiandad de esta ciudad y Reino, y desterrar de él al Príncipe de las tinieblas que en estos ídolos dominaba. Estaban en este templo dos principales, cuya figura y adorno no será fuera de propósito declararlos aquí, pues hablamos de México gentil. Eran de piedra, y su estatura de gigantes, estaban cubiertos de nácar, sobrepuestas y engastadas perlas, piedras preciosas y otras piezas de oro figuradas de aves, sierpes y varios animales, peces y flores hechas de turquesas, esmeraldas, amatistas y otras piedras finas que hacían gentiles labores sobre el nácar. Por ceñidores tenían cullebras gruesas de oro, y por collares diez corazones de hombres, también de oro, porque esos ofrecían al ídolo cuando le sacrificaban. Estos eran los ídolos y dioses que adoraba México gentil, cuando se colocaron en este templo las imágenes sagradas del Redentor del Mundo y su Santísima Madre, para bien de este nuevo Orbe. Y bien se confirmó esto con el caso que después sucedió, y es el siguiente: Los mexicanos que cuando se colocaban en su templo las sagradas imágenes se hallaban presentes, y parecía que Dios les ataba las manos y enmudecía las lenguas en grande silencio, á pocos días que el caso memorable pasó, parecieron indignados ante el valeroso capitán Cortés, cargados de cañas y mazoreas de maíz marchitas y casi secas, diciendo: «para que veas, capitán, el daño que nos has hecho y lo poco que te debemos los mexicanos, mira cómo después que menospreciastes nuestros dioses, nunca ha llovido y se secan nuestros sembrados, y sementeras amenazándonos una grande esterilidad y hambre.» Aquí bien hubo menester el cristiano y valeroso Cortés valerle de la grande Fe que Dios le había comunicado, y bien se echó de ver que lo había armado el mismo Dios con ella, porque con grande confianza aseguró á los mexicanos que el día siguiente llovería, y echarían de ver que sus dioses falsos no eran los que les daban los buenos temporales, sino el verdadero Dios, á quien él adoraba y cuya Imagen había colocado en su templo. Sonriéronse los Indios, haciendo burla de la respuesta; pero Cortés, perseverando en su confianza de que Dios lo sacaría bien del empeño, en que por su Santísimo Nombre y con deseo de darle á conocer se había puesto, partidos los mexicanos de su presencia, hizo llamar á sus católicos soldados, y habiéndoles contado el caso que había pasado, con encarecidas palabras les propuso y encargó que se doliesen de sus pecados proponiendo la enmienda, y los que tuviesen enemistades se reconciasen, y que otro día oyesen Misa, para suplicar juntos á Nuestro Señor enviase agua para que aquellos infieles conociesen por las mercedes que les hacía el verdadero Dios, que sus dioses eran vanos y falsos. Obedecieron á su católico capitán los cristianos soldados: dijo la Misa el día siguiente el P. Fray Bartolomé de Olmedo, y oficióla con algunos soldados que le ayudaron, el P. Juan Díaz, clérigo presbítero, que fueron los dos sacerdotes que consigo había traído el capitán Cortés á su jornada. Oyéronla los soldados con la mayor devoción que pudieron, comulgando á ella el mismo capitán Cortés con algunos otros, derramando lágrimas de devoción.

Aceptólas Dios como de sus fieles cristianos que comenzaban á introducir su Fe santa en un Nuevo Mundo, aceptó sus ruegos sacando gloriosamente del empeño á su católico capitán, de la promesa que había hecho á los Indios en nombre del que sólo era el Dios verdadero. Porque acabado el santo sacrificio de la Misa, y antes que los Españoles bajasen del templo á su alojamiento, estando el cielo muy sereno á vista del numeroso pueblo mexicano, se comenzó de repente á cubrir de una nube muy espesa un cerro llamado Tepeaquilla, que está á vista de la ciudad, y luego vino tan copioso aguacero, que con estar cerca el templo del lugar y morada donde se alojaban los soldados, llegaron bien mojados, y todo aquel día y el siguiente llovió, y se remediaron los sembrados; de suerte que este año fué de los más abundantes que jamás habían tenido los Indios mexicanos. Los católicos Españoles quedaron dando millares de gracias á Nuestro Señor, de ver su Fe santa y católica acreditada: los ídoltras espantados sin saber qué decir; Moctezuma su Emperador confuso, y en parte alegre de lo sucedido, porque tenía buena voluntad á los Españoles. Y bien pudiéramos decir aquí, que mucho más confusos y avergonzados debían estar los pertinaces herejes de este tiempo que pretenden desterrar del Mundo la veneración de las santas imágenes y sacrosanto sacrificio de la Misa, fuente de misericordias divinas confirmadas con tan grandes milagros. Y cuando Dios no hubiera hecho otro que haber plantado á sus ojos y dilatado la Fe católica romana en un Nuevo Mundo, al mismo tiempo que ellos la pretendían destruir y desterrar del Antiguo, esta sola maravilla reservada de Dios por tantos siglos, para darles con ella en la cara, cuando ellos desamparasen la Fe católica, era bastante para abrirles los ojos y convencerlos de su error. Pues San Agustín dijo: que el mayor milagro que Dios había hecho en confirmación de la Fe católica, era que la hubiese recibido todo el mundo. Qué dijera cuando la viera recibida y venerada de dos mundos, el antiguo y nuevo, y éste tan grande, que algunos cosmógrafos é historiadores sienten que sólo el Nuevo Mundo de la América era más dilatado y extendido que las tres partes del Antiguo, Asia, Africa y Europa!

## § IV

*Describense dos Santuarios y Templos que hacen insigne á la imperial ciudad de México.*

Dos fábricas insignes que pertenecen á esta gran ciudad y la pueden hacer célebre en todo el mundo, he reservado para escribir de ellas aquí en particular, por ser confirmación de cuánto persevera en ella la piedad y religión cristiana con que se fundó. En especial la devoción de la Reina de los Angeles, que (como ya dijimos) tomó la posesion con su santísimo Hijo de este grande imperio. Y muy en su memoria tienen los Españoles mexicanos, desde que se conquistó y ganó el Reino y la gran ciudad de México, los favores que esa gran Señora les ha hecho, y en quien viven confiados de que así como desde el principio que llegaron á este Nuevo Mundo los amparó, sacándolos de infinitos peligros, y alcanzaron inauditas victorias que plan-

taron en él la Fe de su santísimo Hijo, así han de hallar siempre su amparo y protección.

Por muchas razones son insignes los dos Santuarios, de que por sus dos lados está amparada la imperial ciudad de México, y por cualquiera parte que se quieran considerar son admirables y dignos de toda veneración. Lo primero, por las imágenes milagrosas de la Reina del Cielo, que en el uno y otro están colocadas, y por su milagrosa invención. Lo segundo, por sus templos y adorno con que están enriquecidos. Lo tercero, por la devoción y veneración con que de todo el Reino son visitados, y finalmente, por los soberanos favores que ha hecho y hace en estos Santuarios la que es Madre de Dios y fuente de misericordias. Y comenzaremos por el primero intitulado de Nuestra Señora de los Remedios; al cual llamo primero, porque la sagrada Imagen que en él está colocada es la más antigua que hubo en este Reino, pues la trajo en su compañía uno de los soldados que vinieron á él con Hernando Cortés. Y la otra (de que después diré), bajaron del cielo ángeles á pintarla, como después veremos, cuando ya este Reino era cristiano y convertido al verdadero Dios. Y aunque de cierto no se sabe el nombre del dicho soldado que trajo la Imagen de los Remedios (quizá porque no se atribuyese á él, sino á la misma Virgen el haber venido en compañía de sus católicos Españoles á la Nueva España, para hacerle los innumerables favores que de tal Patrona habían de recibir), pero lo cierto es, por tradiciones antiguas, que el dicho soldado, devoto de la soberana Virgen, cuando vino con los demás al descubrimiento y conquista de este Nuevo Mundo, mostró muy bien su devoción y confianza que en esta Señora tenía, pues como la joya más sagrada y preciosa de cuantas poseía la trajo consigo, fiado en los favores que en los peligros que se le habían de ofrecer, con tal compañía esperaba recibir. Y en el tamaño y estatura pequeña de esta santa Imagen se echa de ver, que era acomodada para que el soldado sin embarazo la pudiera traer consigo. Es de talla, y no más que una tercia de alto, y en sus brazos con el Niño Jesús. Y esta sagrada Imagen tienen muchos que fué la que colocó el gran Cortés con sus soldados, y con tanta solemnidad, como ya se dijo, en el templo de los idólatras mexicanos, aunque también es verdad que no fué sola una la que los católicos descubridores de este Nuevo Mundo trajeron, porque hay hoy en el Reino otras imágenes con título de conquistadoras, por haberlas traído en aquel tiempo los Españoles, muy antiguos devotos de la Madre de Dios. Y para grandes empresas experimentado tienen cuánto vale el amparo de la soberana Virgen, pues en prendas de los beneficios que pensaba hacer á la Nación española, aún viviendo en la tierra se apareció en España á su Patrón Santiago, sobre el célebre Pilar de Zaragoza.

Abreviando, pues, otras circunstancias singulares y maravillosas, que en la venida é invención de esta sagrada Imagen pasaron (que todas es imposible referirse aquí), lo cierto y recibido es, que el día de la mayor y más peligrosa batalla que se les ofreció á los Españoles en México, en la cual salieron de la ciudad con muerte de trescientos de ellos, y estuvieron á peligro de morir todos los más, los que quedaron se retiraron al cerro eminente donde está hoy este Santuario (Cisneros, Historia de los Remedios, cap. 6, *post me dicem*, y cita á Torquemada, lib. 4, cap. 69), y reparándose aquí un poco del ímpetu

de los Indios que los seguían, el devoto soldado que llevaba la Imagen de su devoción, por asegurarla, ó del ímpetu de los enemigos, si acaso él muriera en la refriega, ó pensando si escapase en la vida volverla á buscar, la puso entre unas peñas y plantas de magueyes que estaban en ese lugar. Y en confirmación de esto hace la tradición, que hay recibida, así de Españoles historiadores como de los mismos Indios, de que la Virgen á estos los cegaba arrojándoles tierra en los ojos para reprimir el ímpetu con que seguían á los Españoles, dando con esto la misma Virgen á entender que se quería quedar en este lugar por amparo de la ciudad de México, y para obrar en los tiempos futuros tan admirables obras y milagros como en este Santuario se han visto y celebrado hasta el día de hoy. El devoto soldado que había dejado la santa Imagen en este lugar, ó debió de morir en las muchas y sangrientas refriegas y batallas que después se les ofrecieron á los Españoles, ó con los varios sucesos y retiradas, no tuvo lugar de volver por la preciosa prenda que aquí dejó. Y lo más cierto es que la Virgen santísima no había venido á la Nueva España para volverse y desampararla, sino para quedarse en ella y hacer los innumerables beneficios y favores que desde este puesto á su ciudad mexicana pensaba hacer.

Pasados como veinte años, acabada de pacificar la tierra y asentadas las cosas de la cristiandad, en que á lo encubierto había favorecido la soberana Virgen á sus católicos cristianos, desde este lugar quiso descubrir los resplandores de su hermosísimo rostro. Y es de advertir que el de esta sagrada Imagen es tan agradable y hermoso á maravilla, que alegra el corazón de los que le ven. Y no fué la menor que habiendo estado por tiempo de veinte años entre aquellas breñas y matas expuesta á los soles, vientos y tempestades, no se deslustrase ni perdiese este su hermoso resplandor. Pasado ese tiempo se apareció á un Indio noble y cristiano, llamado D. Juan, á quien milagrosamente curó de una enfermedad de muerte en que se vió. En agradecimiento de este beneficio y por habérselo mandado la Virgen, la labró una iglesia pobre y pequeña en el mismo lugar, y en ella la colocó, y sirvió como de sacristán. Y hasta aquí es el primer punto de la venida á este Nuevo Mundo de esta santa Imagen, y de su milagrosa invención, dejando otros prodigiosos milagros que pasaron con ella, de que hay particular historia donde se podrá ver.

Ahora pasaremos á tratar del suntuoso templo que á esta Señora los Españoles le han dedicado, y la grande riqueza, magnificencia y liberalidad con que lo tienen adornado y resplandece en él. Porque reconociendo los ciudadanos de México las maravillas que con el Indio D. Juan (cuya hija vivió hasta nuestros tiempos hablando de ellas), había obrado la santísima Virgen por medio de esta sagrada Imagen, y viendo los singulares favores de haber venido en compañía de los Españoles á este Nuevo Mundo, y el haberse dignado de quedarse por vecina de la ciudad de México, para grande dicha suya, le labraron el suntuosísimo templo donde hoy está, de cuyo adorno diré por mayor, que de todo lo particular por su multitud y grandeza no será posible hablar. La Imagen, lo primero tiene ornato de riquísimas y preciosas vestiduras, y así la Madre como el Niño Jesús varias coronas de oro y plata, que se les remudan á sus tiempos, en que están engastadas piedras de grande valor. El tabernáculo mayor en que está co-

locada todo es de plata; éste ofreció de su legítima un muy religioso Padre de nuestra Compañía, hijo de uno de los primeros conquistadores de México, que con las noticias que su padre le dió de los favores que la soberana Virgen por medio de su Imagen, desde sus principios les había hecho á aquellos valerosos Españoles, quiso dar muestra con esta rica pieza, de su agradecimiento y devoción. La cual muy en particular muestran los de la Compañía con este Santuario, visitándolo muchas veces con este mismo afecto de devoción. Hánsele dedicado más de cien lámparas de plata, muchas de ellas de extraordinaria grandeza y admirable hechura, las cuales se encienden y arden á sus tiempos, demás de las que continuamente alumbran en el templo. Para el altar tiene frontal de plata de martillo, con otros muchos de sedas, brocados y bordados. Los blandones grandes de plata, y otros menores de la misma materia, son muchos, y todos de hermosa labor, y finalmente, si se hubieran de contar las preseas, cadenas de oro, plata, diamantes, perlas y piedras muy preciosas que en este Santuario se han ofrecido á la Virgen, fuera nunca acabar. Y basta decir que siendo afectísimas las mujeres, que tienen cifrado su gusto y felicidad en sus galas, joyas y adorno, que el latino llama mundo mujeril; pero en esta parte muchas señoras mexicanas han dado demostración de su grande afecto y devoción con Nuestra Señora de los Remedios, despojándose de las más ricas y preciosas joyas que poseían, y ofreciéndoselas á la Virgen, y así es grande la cantidad que de tales joyas hay en este santo templo. Y no me detengo en escribir las excelentes pinturas con que todo él está adornado, por pasar al tercer punto, que hace insigne á este Santuario en su veneración.

Este es, el de la devoción que el Reino tiene á esta santa Imagen, debido á los grandes beneficios que desde el punto que vino en compañía de su devoto soldado Español, y fué colocada en el templo gentilicio de México, hasta este tiempo presente, ha recibido de la Madre de Dios. Porque demás de haber favorecido á los Españoles en sus más peligrosas batallas, cegando con polvo y tierra á sus enemigos, reprimiendo sus impetus; demás de haberse estado veinte años entre piedras y breñas, y después de haberse aparecido al Indio D. Juan, para que la colocase en su primera y pobre hermita, después que la dichosa ciudad mexicana le edificó y dedicó un insigne templo, no tienen número las mercedes y milagros que ha obrado en favor de todo el Reino, y en particular de su querida mexicana ciudad. La cual tuvo mucha razón, y no fué en vano dar á esta milagrosa Imagen el título de Nuestra Señora de los Remedios, porque lleno está su templo de pinturas de obras maravillosas, que para el remedio de necesidades generales y particulares, públicas y secretas, tiene obradas en su favor.

Son también muchas las figuras de plata y votos, que están colgadas en su Iglesia, que son testigos de beneficios recibidos muy singulares, de que teniendo tantas experiencias la ciudad de México, de ahí es que aquí son continuas las visitas, vigiliyas y novenas gastadas en oración. Fuera de que en ocasión más apretada, como son enfermedad general, falta de lluvias y otras semejantes; sabiendo que en esta Señora está librado su remedio, son varias las veces que con extraordinaria solemnidad y pompa, con innumerable concurso de pueblo, con infinito número de candelas y hachas encendidas, con acompañamiento de los Cabildos eclesiástico y secular, las tres leguas

de espacio que hay desde su ermita á México, la han traído á su Iglesia Catedral, donde la han colocado por algunos días, en los cuales es continua la gente que concurre á venerarla y pedirle mercedes. Y porque se entienda la fiesta y aparato con que la ciudad de México trae á su Catedral, y por algunos días hospeda á la Virgen, diré la solemnidad con que há pocos años se ha celebrado esta fiesta y venida de esa Señora, que será ejemplar de otras muchas que ha hecho. Porque demás de haber traído á la santa Imagen por todo el camino con millares de candelas y hachas encendidas (Cisneros, lib. 2, cap. 11) le ofrecieron para los pocos días que en la Catedral había de estar, trescientas arrobas de cera labrada, y de las sobras quedaron cuarenta. Demás de eso se le ofreció grande número de joyas de plata, oro y perlas, con otra cantidad de más de mil pesos de moneda de plata para el ornato de su santo templo, que sin duda es de los más bien adornados Santuarios de toda la cristiandad, aunque la verdad es, que por muy liberal que se muestre la insigne ciudad de México con su gloriosa conquistadora y Patrona, ella se la gana en ser misericordiosa y liberal con ella. Y aunque pudiera decir mucho más en esta materia, no me alargo por no dejar de decir algo del otro Santuario milagroso que dije, con que también está amparada la dichosa ciudad de México.

Este segundo Santuario intitulado Nuestra Señora de Guadalupe, está edificado á otro lado de la ciudad de México y una legua distante de ella, de manera que podemos decir que la Virgen Santísima con el uno y otro Santuario, tiene como abrazada en sus virginales brazos á la ciudad, que con su amparo fué conquistada y ganada de enemigos idólatras. La Virgen de los Remedios está á la banda del Poniente, en un cerrito donde la Virgen quiso ser colocada; esta otra de Guadalupe á la falda de otro cerrito por la banda del Norte, donde también la misma Virgen señaló morada. Y si la primera se mostró amorosa con la ciudad de México en haber querido venir á ella en compañía de sus católicos Españoles que la habían de conquistar y ganar; esta otra Guadalupeana podemos decir que vino del cielo ó de allá bajaron los ángeles á pintarla. Porque sucedió el caso, que apareciéndose varias veces con singular resplandor la misma Virgen en este lugar, á un Indio cristiano y sincero llamado Juan Diego, diez años después de la conquista de la ciudad de México, le mandó que avisase á su primer Arzobispo D. Fray Juan de Zumárraga, que allí se le edificase una ermita é Iglesia, dedicada á su devoción y memoria, con título de Nuestra Señora de Guadalupe. Fué este santo Prelado el primer pastor que por dicha suya tuvo la Iglesia insigne Metropolitana de México, de la Seráfica Orden de San Francisco y varón de insigne virtud y santidad. La embajada y recado que la Reina del Cielo le envió, se la dió al sincero Indio en esta forma: «Sabe, hijo, que Yo soy María Virgen, Madre de Dios verdadero; quiero que aquí se me funde una casa y ermita, en que me mostraré piadosa Madre contigo, con los tuyos y mis devotos. Y para que tenga efecto esta mi piadosa pretensión, has de ir al Palacio del Arzobispo, y en mi nombre decirle que tengo particular voluntad de que me edifique un templo en este sitio: refiérole lo que has oído y visto, y ve seguro de que agradecida te pagaré el cuidado y solicitud que en esto pusieres.»

Ejecutó el mandato de la Reina del Cielo el dicho Indio, dió el re-

cado que de su parte llevaba al santo Prelado, que aunque lo oyó, juzgando que aquella obra pedía más examen y consideración, lo despidió sin darle respuesta. Pero la Virgen Santísima, cuyos pensamientos eran obrar misericordias con su ciudad de México, no desistió de su intento, antes multiplicando apariciones al humilde y sincero Indio, le mandó que avisase al Prelado de la voluntad que tenía y favor que á su ciudad de México quería hacer. Ni fué nuevo tomar por instrumento la Virgen á un pobre y humilde Indio, nuevo en la fe para una embajada de tanta felicidad, que no tenía olvidado que cuando nació de sus entrañas el mismo Hijo de Dios, los primeros á quienes esa dichosa nueva se reveló, fueron unos pobres y rudos pastores. Convenido, pues, el Indio Juan con multiplicados avisos de la Reina de los Angeles, volvió aunque encogido y temeroso repitiendo la misma embajada que antes había intimado y propuesto al santo Prelado, á que cuidadoso ya respondió al Indio, que quisiera tener alguna señal y prenda, de que aquello que refería fuese verdadero y no imaginación suya. Con esta respuesta volvió al lugar, adonde la que es Madre de misericordia se le había aparecido; hallóla como siempre amorosa y apacible, y habiendo entendido la pretensión del Arzobispo, le mandó que subiese á lo alto de aquel Monte y en su pobre manta, que era de hilo de maguey, de que se visten los más pobres Indios, recogiese de todas cuantas flores allí hallase, y recogidas en ella se las llevase al Arzobispo. Y aunque parece que esta seña no encerraba misterio, pero el efecto mostró que concurren en ella nuevas maravillas, por que la variedad de flores que el Indio halló, ni se daban en aquel cerro, que todo es de pedernales y peñas, zarzas y espinas, y el tiempo de Diciembre helado y frío. Y aunque lo sabía el devoto Indio, fiado con todo en la palabra de aquella Señora, que con su celestial presencia tantas veces lo había regalado y alegrado, subió al Monte y recogió las flores, que allí habrían plantádose por manos de ángeles, y habiéndolas primero registrado y tomádolas en sus virginales manos la Virgen, se las devolvió á su devoto Indio, dándole orden de que en su misma manta se las llevase y ofreciese al Arzobispo. El ilustrísimo Prelado estaba ya cuidadoso, con las embajadas de este devoto aunque humilde mensajero, y mandó á sus criados que cuando volviese lo dejasen entrar á su presencia. Volvió con sus señas celestiales, diéronle entrada, y en viéndose en presencia del Arzobispo, humilde, sosegado y devoto, le dijo: «Señor y Padre: en conformidad de lo que me mandaste, le dije á mi Señora, cómo pedías señal para que fuese creído. Admitió mi recado, y la señal que me dió son estas flores, que traigo en esta manta, que yo recogí por su mandato, y la Virgen me entregó por sus mismas manos.» Diciendo y haciendo descubrió su manta (que al uso de los Indios llevaba presa al cuello), y al presentar los milagros de flores, cayendo de la manta, dejaron pintada en ella la Imagen milagrosa de la Virgen de Guadalupe (Miguel Sánchez, fol. 3) que hoy conserva para dicha de la ciudad de México. Arrodillóse el santo Prelado y cuantos con él estaban, suspensos con la maravilla repentina, porque los criados habían antes registrado la manta y no habían visto en ella, sino unas hermosas y frescas flores; y cuando vieron estampada la milagrosa Imagen, el Arzobispo se levantó, y con grande devoción y reverencia desató aquella ya sagrada manta de los hombros del Indio, llevóla á su Oratorio, teniéndola

por dichosa prenda y anuncio de felicidades de su pueblo. Adornóla como pedía tan preciosa reliquia, guardándola allí mientras se disponía la ermita que por medio del devoto Indio había significado la Virgen se le dedicase. Y ésta es la historia abreviada de Nuestra Señora de Guadalupe, Santuario de la dichosa ciudad de México, con la cual tiene hechas tantas demostraciones de amor y favor la Santísima Virgen. Muchas cosas de las que pasaron en salir á luz esta milagrosa Imagen, dejo por no dejar otras que son dignas de saberse. La primera, cuál sea la materia y forma de una Imagen formada y pintada, no por mano de hombres, sino de ángeles y el mismo Dios. La segunda, cuál sea el ornato con que en su Santuario está venerada de la ciudad de México, á quien la Virgen dejó. Y á lo primero digo que esta sagrada Imagen está pintada en una tilma ó manta, que tiene de longitud más de dos varas y su latitud más de una. La materia es la que la Virgen quiso y escogió, de hilo de la planta de maguey, que es como de pita basta de que se visten los pobres Indios, en que la Santísima Virgen dió á entender el amor y afecto que tuvo y tiene á la santa pobreza que en su vida abrazó, enseñada de su Santísimo Hijo. También se ha mostrado que no es pintura de Español lo que está en la tela, que no escogiera materia tan humilde y despreciada para pintarla. Ni tampoco es pintura de Indio, que en aquel tiempo cuando apenas se había bautizado la gente de esta nación, no tenían capacidad para formar estas ideas. La Imagen tiene en su estatura seis palmos y un gema, el rostro muy devoto, honesto y grave, el color trigueño nevado, la cabeza un poco inclinada á la mano derecha, el movimiento humilde y amoroso, las manos levantadas y juntas arriadas al pecho, la túnica es talar, sembrada de labores y flores vistosas; á los cabos de la manga descubre otra túnica blanca interior, el manto es de color azul celeste, recogido algo entre los brazos y tendido hasta los pies, está señalado de estrellas de oro de pies á cabeza. La corona real que asienta sobre el manto con puntas de oro sobre azul, y á los pies como media luna que tiene sus puntas á lo alto y recibe todo el cuerpo de la Imagen. Está cercada de lucidísimos rayos de sol, largos y ondeados de oro, y lo restante del lienzo ó manta está pintado de celajes de nubes algo claras. Toda aquesta pintura está fundada sobre un ángel de medio cuerpo, de mucha belleza, con sus alas de diversos colores extendidas y desplegadas, y en la mano derecha recogiendo las extremidades del manto de la Virgen, que se suelta hasta lo bajo, y con la otra recibe la extremidad de la túnica que allí se alarga. Finalmente, esta sagrada Imagen es semejante á las que se pintan de la Purísima Concepción. Y lo último y milagroso de ella es, que estando pintada al temple y habiendo más de ciento treinta años que se pintó, y en materia que no suele recibir bien colores, con todo, los conserva hasta hoy tan vivos y frescos, que causa reparo y devoción.

Y viniendo ahora al adorno con que la ciudad de México reverencia tan milagrosa Imagen y reliquia, que se puede llamar venida del cielo ó celestial, pues bajando la Virgen del cielo y apareciendo al devoto Indio, y por su traza se formó, reconocida la ciudad mexicana á tan grandes favores de la Reina del Cielo, le tiene edificado un muy hermoso templo en el mismo lugar que esa Señora á su devoto Indio se apareció. Es fábrica de muy hermosa arquitectura labrada con va-

rios lazos realzados de oro, y su capilla mayor se puede decir que es una pía de ese precioso metal, que la esclarece con su resplandor. Están pendientes en ella más de sesenta lámparas de plata, sin otras figuras de milagros que por medio de esta sagrada Imagen tiene obrados la Virgen Madre de Dios, que está colocada en un hermosísimo tabernáculo de plata en medio del altar mayor, y de su retablo, que es de tres cuerpos, de primorosa arquitectura y excelentes pinturas. En lo demás que pudiera escribir de ornato y ornamentos sagrados, joyas y preseas con que está enriquecido este insigne Santuario, visitas que á él hacen los ciudadanos de México y obras milagrosas que ha obrado la Virgen en su favor, me remito á lo que queda escrito del primero de Nuestra Señora de los Remedios, porque en todo es semejante, y en uno y otro Santuario se muestra la Virgen una misma en amor y hacer mercedes á su imperial ciudad de México, de la cual desde el principio de su conquista y conversión á nuestra santa fe se encargó. Y á la cual podemos dar glorioso título de ciudad de la Virgen, pues con su amparo se ganó y conserva. Y aunque lo dicho bastaba para hacer dichosa é insigne á esta ciudad entre las demás del Orbe, todavía faltaban por decir otras de sus felicidades y grandezas: estas son el haber sido la primera que en el Nuevo Mundo de la América y tierra firme de las Indias se redujo á nuestra santa fe, y donde de propósito se predicó, y de la cual se ha ido extendiendo la predicación evangélica á todas sus dilatadas Provincias, prosiguiendo hoy esta divina predicación á la parte del Norte por regiones incultas y bárbaras, sin parar, como largamente escribí en nuestra Historia de los triunfos de la Fe. Y demás de haber sido la primera que recibió salud del Evangelio, y haberlo dilatado en sus grandes Provincias, lo ha comunicado á las más remotas islas del Mundo, cuales son las Filipinas, las cuales están pobladas de hijos de la ciudad de México, y de varones ilustres de las sagradas Religiones, que saliendo de México han sido los que han plantado, y con su predicación evangélica sustentado la fe en regiones que por aquella parte son los fines del Mundo.

Y remato este largo capítulo de las grandezas de la ciudad de México, dando razón de haberme dilatado en ellas, no obstante que pudiera escribir mucho más de sus grandezas; y para haberme alargado en las que he escrito, me han forzado dos obligaciones: La primera, porque se sepan las misericordias que Dios y su santísima Madre han obrado en la fundación de su santa fe en este Nuevo Mundo, y porque sea conocida la grande devoción que con esa Señora y Reina del Cielo resplandece en este Reino. La segunda razón de haberme detenido en esta descripción de México, es porque en esto he pagado algo de la deuda que reconoce nuestra Compañía á tan ilustre ciudad, de la cual fué recibida con tan grande devoción, amor y benevolencia como se comenzará á ver en el capítulo siguiente, y después por todo el discurso de esta historia.

## CAPITULO XII.

LLEGAN NUESTROS RELIGIOSOS Á MÉXICO Y HOSPÉDANSE  
EN EL HOSPITAL DE NUESTRA SEÑORA,  
Y PRESENTANSE AL VIRREY CON CÉDULA DE S. M. QUE SE PONE  
Á LA LETRA.

Habiendo sido recibidos nuestros religiosos con tan grande caridad (como queda referido dos capítulos antes), en la ciudad de los Angeles, y habiendo deseado y pretendido esta ilustre ciudad el quedarse con algunos de ellos, lo cual no se concedió por la razón que allí se dijo, salieron para México, cuyos vecinos y personas principales, entendido que venían caminando, trataron de disponer un muy solemne recibimiento. A éste daban calor, así los señores Inquisidores como otros personajes de autoridad; pero como en él concurría mucho más de grandeza y pompa secular, que de la humildad y santa modestia que profesa nuestra Compañía, atendiendo á ella los Padres, trazaron y apresuraron de suerte su jornada, que vinieron á entrar á la ciudad tan de noche que no fueron sentidos. Fuéronse derechos al hospital de Nuestra Señora, que en México dijimos haber fundado el Marqués del Valle, hospedaje que habiéndose anticipado tenía prevenido el P. Sedeño.

Pasada la noche del 26 de Septiembre, año de 1572, habiendo amanecido el día siguiente de los Santos Cosme y Damían (día dichoso para la Compañía de Jesús, en que 32 años antes había sido confirmada por la Santa Sede Apostólica), se publicó en México cómo nuestros religiosos habían llegado con todo secreto. De lo cual unos se admiraban, otros de buen entendimiento se edificaron de su silencio y modestia, tanto mayor cuanto más público y honroso era el aparato que se prevenía para su recibimiento. Esto mismo fué causa del general concurso de todo género de personas que á todas horas les venían á dar la bienvenida. Pero quien más de los eclesiásticos se señaló entre todos, fué el señor Inquisidor D. Pedro Moya de Contreras, que después fué Arzobispo de esta ilustre ciudad. El Cabildo de la Iglesia Catedral, que la gobernaba en Sede vacante, envió dos Prebendados que de su parte significasen á los Padres cuán grata les era su venida á este Reino, y ofreciéndoseles para lo que les fuese necesario. Cuando supo el Virrey D. Martín Enríquez (el nombrado en todas las Indias por su excelente y señalado gobierno), de la llegada con tanto silencio y del hospedaje humilde que habían escogido los Padres, dijo que bien parecían hijos de su Santo Padre y Fundador Ignacio. Y no será razón que yo deje de decir aquí que fué dicha de la Compañía haber llegado á este Reino cuando lo gobernaba un príncipe de tan eminente gobierno, que la grande prudencia del Rey Felipe II quiso que sus ordenanzas se tuviesen por inviolables, y así se lo mandó después al santo Conde de Monterrey, cuando lo envió á gobernar esta nueva monarquía. Trataron luego los Padres de ir á presentarse á su Señoría (uso del término y cortesía que en aquel tiempo se daba á